

“El genio literario griego”

Escribe: HUMBERTO DE CASTRO

LOS CLASICOS EN SU JUGO...

En el curso del segundo semestre del año que comienza estará en circulación en Colombia el tercer volumen de una obra de grande importancia, *El genio literario griego*, de la cual es autor el R. P. Manuel Briceño Jáuregui, quien cursó estudios de filosofía y teología en las facultades eclesiásticas de la Universidad Javeriana, en Bogotá, y una vez ordenado sacerdote recibió de la Compañía de Jesús el estímulo y las facilidades necesarias para seguir cursos de especialización en la famosa Universidad de Oxford, de la cual recibió el *Bachelor of Arts* en 1953, y el *Master of Arts* en 1957. Tuvo asimismo la oportunidad de efectuar un fructuoso viaje a Grecia, en el curso del cual pudo admirar las reliquias de la antigüedad clásica; las vivencias de ese itinerario sentimental están recogidas en una serie de sonetos, algunos de ellos publicados por la “Revista Javeriana” en abril de 1961.

Destinado por sus superiores al profesorado en la Javeriana y posteriormente en el Colegio Noviciado de la Compañía en Santa Rosa de Viterbo, el padre Briceño se dedicó a la preparación de su libro *El genio literario griego*, cuyos dos primeros volúmenes empiezan a ornar las principales bibliotecas del país.

A juicio de expertos observadores, el padre Briceño ha logrado plenamente el objetivo central que asignó a su interesante obra, cual es el de haber hecho de ella algo más que una completa, extensa y bien documentada historia de la literatura: un precioso libro que pone al estudioso de nuestro tiempo en fácil e inmediato contacto con el humanismo griego. El criterio que adoptó el docto jesuita es el de divulgar el sentimiento y el pensamiento de aquel pueblo admirable en las épocas más interesantes de su historia, a través de versiones directas, autorizadas y atinadamente escogidas, de las cuales el mayor número se debe a su dominio de la lengua clásica, a su temperamento artístico y a la certera metodología que aplica para hacer más fecunda y dinámica la transmisión de sus conocimientos.

No hay en el texto citas agobiadoras en griego —que harían en extremo difícil para un noventa por ciento de los lectores la apreciación de

su obra— sino, cuando es imprescindible, palabras y locuciones cortas, inteligibles al nivel de una mediana formación intelectual, y oraciones latinas y aun expresiones en lenguas modernas que coadyuvan en su empeño de divulgador excepcional. Tampoco agota la inclusión de textos —muchos de ellos conocidos apenas en épocas recientes— pues su propósito no es el de transcribir las obras completas de los autores. Una vez introducidos los lectores en ese mundo maravilloso de la literatura clásica griega, mediante la explicación y el comentario de los valores característicos en cada uno de los autores, quedan en capacidad de ahondar en el conocimiento de la obra completa, si apelan a la ampliación de la bibliografía y de las interpretaciones que en torno de cada uno de ellos hayan hecho los críticos más autorizados.

NUEVE TRAGEDIAS Y CUATRO COMEDIAS INTEGRAS

En este aspecto caben excepciones, y el padre Briceño las destaca con singular acierto, pues resulta obvio que la importancia de las obras así lo aconseja y justifica, si se tiene en cuenta la vigorosa influencia que determinadas creaciones artísticas ejercieron en el vasto ámbito de la latinidad, y posteriormente en el desarrollo de las literaturas modernas y contemporáneas. Tales los casos de la dramática y la comedia; están incluídas las versiones de nueve dramas íntegros, así: La Orestíada, de Esquilo de Eleusis: *Agamenón*, *Las coéforas*, *Las euménides*; de Sófocles de Colono: *Edipo Rey*, *Antígona*, *Filoctetes*; de Eurípides de Salamina: *Medea*, *Ifigénia en Táuride*, *Las bacantes*, y las de tres comedias íntegras: *Las nubes*, *Las aves* y *Las ranas*, de Aristófanes de Atenas. En el tercer volumen será incluída la versión íntegra del *Dyskolos*, última comedia conocida de Menandro, rescatada en un papiro griego hallado en Egipto, en 1958; la traducción, posiblemente la única que existe en español, fue realizada por el padre Briceño Jáuregui en dos semanas de paciente labor.

LOS NUEVE GRANDES DE LA LIRICA

Respecto de la lírica, cuya evolución describe sin omitir detalle en el análisis de influencias incontrastables de los valores tradicionales y en sus complicadas relaciones con la música, con la danza y con posteriores incidencias en la dinamización de los coros, se detiene en la exposición de características inconfundibles de los Nueve Grandes (canon alejandrino): Alcmanio, Alceo, Safo de Lesbos, Estesícoro, Ibico, Anacreonte, Simónides, Píndaro y Baquílides.

(En Grecia —había señalado— la poesía lírica tiene dos fuentes principales, y de ahí irradia al centro del país. En la isla de Lesbos, raza eolia, viva y sensible, movida por la pasión y la emoción personal, se origina la oda: "...the supreme success, the final achievement of poetic art" (Swinburne). Esparta es el centro más importante de la poesía coral).

LOS DIEZ GRANDES ORADORES ATICOS

Asimismo presenta por separado, el recuento de las vidas y de las obras de los diez oradores clasificados dentro del canon alejandrino: Antifón de Ramnunte, Andócides de Atenas, Lisias de Atenas, Isócrates

de Erquia, Iseo de Atenas (o de Calcis), Esquines de Atenas, Demóstenes de Peonia, Licurgo de Atenas, Hipérides de Atenas y Dinarco de Corinto. Para destacar el valor intrínseco de algunas de las grandes oraciones de los maestros áticos o para completar la deficiente información de los lectores comunes y corrientes respecto de los hallazgos hechos en los últimos años, incluye las versiones íntegras de tales oraciones o de fragmentos rescatados: I) así en el caso de Demóstenes: Primera Filípica, sobre los acontecimientos del Quersoneso, Filípica tercera, discurso sobre la embajada infiel, y pro corona; II) De Lisias: Defensa de un inválido, Discurso contra Agorato, Discurso olímpico; III) De Isócrates: Influencia civilizadora de Atenas, Oración areopagítica; IV) De Iseo: La herencia de Cirón; V) De Licurgo: Contra Leócrates; VI) De Hipérides: Apología de Licofrón y la famosa Oración fúnebre; VII) De Dinarco: Inyectiva contra Demóstenes; y VIII) De Esquines: 1. Discurso de la embajada, Narraciones, La familia de Esquines, Respuesta a algunas calumnias de Demóstenes, Retrato de Demóstenes; y 2. Contra Ctesifonte, La alianza tebana, La familia de Demóstenes.

LAS OBRAS CLASICAS, EN SU JUGO...

Uno de los propósitos declarados por el padre Briceño respecto de la intención y del alcance de su obra es el de precisar las características de un autor determinado a través de la lectura, la exégesis y el comentario de una parte sobresaliente de su creación, lo que no excluye la posibilidad de que se profundice luego en el conocimiento de la obra completa. Y en su entrevista con "El Tiempo" de Bogotá, explicó su actitud así: "Que no le den a uno la obra entera de cada autor. Porque nadie se va a leer a todo Demóstenes, o a Píndaro, a Isócrates, Polibio, Arriano... Que le den a uno algo bien traducido, selecto, pero *en la ambientación, en su jugo* por decirlo así. De modo que casi sin necesidad de maestro pueda uno *saborear a su gusto* esa literatura griega. Y luego, sí, cuando uno ya conoce, va a una biblioteca y lee completos, si quiere, a Platón, a Tucídides, a Homero, a Menandro, Jenofonte, Hesíodo".

Vale la pena destacar la circunstancia de que en la obra del padre Briceño se lleva *como de la mano* al lector a través de la creación literaria de los griegos, que es fiel trasunto de la vida, de las gentes, de las costumbres y de las instituciones de ese pueblo admirable. Huelga la referencia a la épica, que es lo más o menos bien conocido por el lector que ocupe algún sitio en el campo de la cultura. Pero debe relievase que a la apreciación de la belleza formal de los poemas homéricos se agrega, ahora, el conocimiento del contorno social, que se hará más nítido a través de la obra de Hesíodo, más humano, más comprensible y palpitante, a través de Teognis.

UN LIRICO ACERBO, PERO SINCERO

Horacio, educado en Atenas, nos recuerda a Arquíloco de Paros, el primer lírico desdeñado, maestro de la sátira. No solo por su juicio: *Archilocum proprio rabies armavit iambo*. Sino por lo del escudo. "El mordaz Arquíloco, indigente siempre, no se alimenta sino de odios amargos", había dicho ya Píndaro.

Arquíloco —anota el padre Briceño— “es el primer representante del *realismo* en la literatura. Los antiguos, que mucho lo admiraban, lo colocaban inmediatamente después de Homero. En Esparta sus poemas estaban prohibidos (¿tal vez por la pérdida del escudo?)”.

Dice el poeta de Paros:

“Algún Sayo tracio hoy se vanagloria con mi escudo, fúlgida armadura que —sin quererlo— abandoné en un árbol... Escapé de la muerte: del escudo ni supe. Qué más da. Me compraré otro nuevo, no inferior a aquel...”.

Arquíloco es un lírico espontáneo, auténtico, porque revela sus sentimientos, sin ambages. En sus versos está el hombre que Arquíloco es. Un hombre común y corriente. Lo del escudo no ocurrió precisamente como él lo relata, así pretenda burlarse de sí mismo: lo perdió en la isla de Tasos, cuando huía, en un combate, fallido explorador de montañas de oro.

Por eso, subconsciente o inconscientemente lo recuerda Horacio —quien no tenía en mucha estima su valor personal— cuando trae a cuento, para celebrar el regreso de Pompeyo Varo, aquello de

.....

*“tecum Philippos et celerem fugam
sensi relictā non bene parmula,
cum fracta virtus et minaces
turpe solum tetigere mento”.*

Por otra parte, a Arquíloco, amante desdeñado (sus sátiras líricas yámbicas habrían llevado al suicidio a la inalcanzable Neobule y a su bilioso padre, Licambes, en el hecho —según la leyenda— acabó con toda la familia) mercenario, aventurero “y hasta pirata” —observa el padre Briceño— no era lógico exigirle piedad:

“Mercenarios, ¡qué valentía!

Siete fueron los que muertos cayeron, a quienes alcanzamos en plena carrera: ¡pero los asesinos éramos mil...!”.

POETA DEL AMOR Y DEL BUEN VIVIR

Ya, dentro del canon alejandrino, en Alcmanio, considerado por los espartanos como poeta nacional, surgirá el primer cantor de la belleza femenina y el sincero amante de la naturaleza, así como el primer renovador de la métrica tradicional, a punto de que cada uno de sus poemas constituye una creación nueva, y de que como *corega* —director de cantos corales— hará que el conjunto asuma la gracia del movimiento.

Y no será difícil entender el caso de Anacreonte, gozador del “momento palpitante”, realizador de la típica manera jónica de vivir (*bios ionikos*)

“que el resto del mundo griego reprueba pero admira”. Sensual, gustador del vino y de la mesa, ávido de placer, es egoísta:

“*¿No es mejor que coronas
de rosas mis cabellos,
y llames a la hermosa
que me ha robado el sueño?*”.

Sin embargo, no las tiene todas consigo. Sabe que el paso del tiempo ha marcado su huella en él, se queja de que las mujeres busquen amigos más jóvenes; trata de consolarse: “...*que cuanto menos lejos / esté la tumba fría / con mayor alegría* deben gozar los viejos”. ...pero, —en “vejez”— tiene una expresión compungida y definitiva:

“*¡Ay, tengo que morirme.
No hay otra suerte
de escapar de los males
sino la muerte...!*”.

LOS JUEGOS OLIMPICOS Y ALGUNAS CURIOSIDADES

La parte dedicada a resaltar la importancia de los juegos deportivos en la vida civil, política y económica de las comunidades griegas permite informarse, poco menos que en detalle, del origen, significación y desarrollo de esos festivales. Isócrates habría podido anticiparse en sus planteamientos a los más intrépidos sociólogos contemporáneos: “Nosotros, con toda justicia” —dice en su oración más famosa— “alabamos a los fundadores de estos *panegíricos* (asambleas generales de los griegos) porque nos legaron la costumbre de que —haciendo una tregua en nuestras comunes enemistades— nos reunamos en un mismo lugar, donde la comunidad de plegarias y sacrificios reviva *nuestra conciencia de raza*”.

Y hay detalles casi periodísticos (y por lo tanto más fácilmente asimilables) respecto de los Juegos Olímpicos: 1) La prueba llamada *maratón* —como deporte— no existía, se trata de una invención moderna. 2) El pugilato (*pygme*) era más salvaje de lo que es hoy, casi 2.500 años después: los púgiles se vendan las manos —no los dedos— con correas blandas de cuero de buey; más tarde son cubiertas con especiales capas metálicas de dos dedos de espesor, que forman un terrible guantaleta: golpes preferidos, a la cabeza y al plexo. Damoxeno le destroza las entrañas, a golpes, a su adversario. El pancracio (lucha y pugilato combinados) termina solamente con la rendición voluntaria; está prohibido en Esparta, “porque el espartano no debe declararse vencido jamás”. 3) Los niños (*paides*) de 12 a 16 años, participan en casi todas las pruebas olímpicas. 4) En la competencia más brillante (sexto día) la de carros de guerra y carrozas, cuadrigas y bigas, (caballos adultos y potros) animales y propietarios son los que conquistan la victoria; los aurigas se contentan con la cinta de los vencedores. Por haber sido propietarios de caballos, triunfaron en Olimpia, entre otros: Hierón de Siracusa, Alcibíades de Atenas, Filipo de Macedonia.

LA FUERZA BRUTA EN PUGNA CON LA SABIDURIA

Informados de que los atletas en su mayoría provienen de la aristocracia y de que las ciudades les asignan especiales privilegios, sabemos también de que, a partir de un momento determinado no todo es de color de rosa para los deportistas. Jenófanes, (el primero en afirmar la existencia de un Dios *único*, inmóvil, que *es*) antecesor de Parménides, y quien había criticado en público la religión popular y presumido de que sentía el orgullo de la sabiduría, censuró a Grecia porque tenía en más estima a los jugadores olímpicos que a los sabios:

“Si uno logra la victoria por la velocidad de los pies, o en el *pentatlón* —el estadio de Zeus está en Olimpia junto a la corriente del río de Pisa— o en la lucha cuerpo a cuerpo, u obtiene la del formidable pugilato, o el famoso premio del que denominan *pancracio* —el más célebre que admiran los ciudadanos— gana en las competencias el honorable puesto principal de los espectáculos, y el sustento obtiene para sí a expensas del tesoro público de la ciudad, y una hermosa recompensa como recuerdo y, más aún, si con los caballos todo eso conquista.

¡Pero no es digno de ellos como yo: porque mejor que la fuerza bruta de los hombres o de los caballos es nuestra sabiduría! ¡Mas algunos, sin reflexionar, opinan que es lo otro, y no es justo preferir la fuerza a la bella Sabiduría!

¡Porque ni por ser excelente en los puños se participa de la vida ciudadana, ni por dominar en el *pentatlón*, ni en la lucha, ni en la velocidad de los pies (esto es lo más estimado entre todas las obras que con su fuerza hacen los hombres) por eso la ciudad mejoraría en su buen gobierno!

¡Y muy pequeño regocijo sobreviene a la ciudad si algún atleta combatiendo, triunfa junto a las escarpadas riberas del Pisa: que eso no enriquece las arcas del Estado!”.

Por otra parte —subraya el padre Briceño— “los atletas profesionales son desdeñados por los espíritus cultos de Grecia, porque el cuerpo se desarrolla demasiado con detrimento de la inteligencia y la sumerge en una especie de torpeza espiritual; los políticos y militares les reprochan su cobardía en la guerra, y algunos filósofos consideran a los atletas como la mayor calamidad que ha podido sobrevenir a los helenos...”.

EL ESTALLIDO DE UN MISANTROPO

Para variar, y con relación a Jenófanes, no está de más recordar que Hiponacte cerró la pléyade yámbica anterior al período ático, y que ya para entonces se generalizaban en el ámbito popular ciertas reservas... En efecto Hiponacte, aquel efesio resentido con su amante, dejó escrito:

“Dos son los días más felices de la mujer: cuando uno se casa con ella y... cuando la llevan a enterrar”.

HACIA NUEVOS COMPORTAMIENTOS

La dramática de la Grecia clásica no solo destaca valores fundamentales de la tradición, sino que a través de los personajes de las obras máximas plantea grandes conflictos sociales y morales. Del tratamiento que Esquilo y Sófocles dan a los temas de su predilección, y de modo aún más definido en Eurípides, habrán de surgir nuevas normas de comportamiento. Los héroes de las grandes tragedias reflejarán, en forma impresionante, la angustia de su tiempo, y expondrán frente a las multitudes apretujadas la tortura del mundo interior, con sobrecogedora sinceridad.

En su tragedia *Los persas*, el ateniense Esquilo —testigo de las victorias de su patria en Maratón y Salamina— planteó el contraste entre las hordas enemigas, arrojadas a la lucha como masas ciegas, impelidas por la avidez de sus jefes, y la serena e irreductible decisión de los griegos en cuanto a la defensa de su dignidad humana. Esquilo, demócrata ingenuo, creía que hombres y naciones, en sus empresas políticas, tenían fijado un límite, y que traspasar esa barrera, por medios violentos, los llevaba a desafiar la ira de los dioses y a exponerse por lo tanto a su castigo.

Opuesto a las nuevas corrientes racionalistas, la tesis acerca de esa limitación es compartida por Sófocles, que subordina las grandes posibilidades del hombre al interés de la patria y a las leyes que regulan la vida de la sociedad. Para él, quienes respetaban los valores éticos, religiosos y sociales eran dignos de la admiración y de la estima de sus conciudadanos.

Eurípides, “el más trágico de los poetas dramáticos” —así se enseña desde Aristóteles— introduce factores genuinamente humanos en su creación artística. El hombre siente, sufre, piensa, lucha, espera. Hay un profundo respeto en los temas que tratan de amor y amistad. La mujer ocupa un sitio destacado, muchas veces central; ella, que durante siglos, había estado sometida a la más deprimente condición.

En *Medea* (la heroína dará muerte a sus hijos para ofender al esposo infiel), por la primera vez la mujer expresa su protesta:

“...De todos los seres que sienten y conocen, nosotras las mujeres somos las más desventuradas, porque necesitamos comprar primero un esposo a costa de grandes riquezas y darle el señorío de nuestro cuerpo: y este mal es más grave que el otro, porque corremos el mayor riesgo, exponiéndonos a que sea bueno o malo. No es honesto el divorcio en las mujeres, ni posible repudiar al marido. Habiendo de observar nuestras costumbres y nuevas leyes, como son las del matrimonio, es preciso ser adivino (no habiéndolas aprendido antes, como sucede, en efecto) para saber cómo nos hemos de conducir con nuestro esposo. Si congenia con nosotras (y es la mayor dicha) y sufre sin repugnancia el yugo, es envidiable la vida; si no, vale más morir. El hombre, cuando se halla mal en su casa, se sale de ella y se liberta del fastidio o en la del amigo o en la de sus compañeros; mas la necesidad nos obliga a no poner nuestra esperanza

más que en nosotras mismas. Verdad es que dicen que pasamos la vida en nuestro hogar libres de peligros, mientras ellos pelean con la lanza; pero piensan mal, que más quisiera yo embrazar tres veces el escudo que parir una sola...". "...Solo pues desearía que me indicases algún medio de vengarme de estos males que mi esposo me causa y del que le dio a su hija en matrimonio, y de ella, ¡y que lo calles! Porque la mujer es siempre tímida, cobarde en la lucha, y sin ánimo para mirar tranquilamente el acero; pero cuando la injuria que recibe afecta a su tálamo conyugal, no hay nadie más cruel".

AMBIENTACION COMPLETA Y ACCESIBLE

Una de las partes más valiosas de lo que va publicado de *El genio literario griego* es la correspondiente a los oradores. Mención hecha del canon alejandrino, resulta fácil entender y demostrar que Demóstenes fue el primero entre ellos. Pero tal vez sea tan interesante apreciar la belleza formal de las grandes oraciones de los maestros áticos como precisar, a través de sus discursos, algunas circunstancias de orden personal en cuyo escrutinio no suelen detenerse los textos comunes y corrientes de historia, y que al descubrirnos ciertos aspectos de su intimidad pueden permitirnos analizar desprevenidamente el carácter de algunos de ellos y reconstruir asimismo el contorno social en que actuaron.

Ese tipo de observación nos llevaría —vaya como ejemplo— a modificar algunos rasgos en la imagen más popularizada de Demóstenes: según la acusación de Esquines, se habría “espantado” ante Filipo, hasta el punto de perder el uso de la palabra. No era la virilidad su característica; fue envidioso, cobarde, intrigante y calumniador. Esquines lo acusó de asesinato; rechazó el cargo de venalidad, pues procedía de “este que no ha dejado de vender miembro alguno de su cuerpo”, y al hablar de un tercero —Afobeto, hermano menor de Esquines— le enrostró que “no ha recostado como tú a su mujer en el lecho de Gonosión”. Posteriormente, como Demóstenes resultara implicado en la pérdida de parte del tesoro robado por Hárpalo, hombre de confianza de Alejandro Magno, a su señor, Dinarco de Corinto pidió para él pena de muerte. Hipérides, a su turno, estuvo entre los diez acusadores públicos de Demóstenes. Asimismo (para el caso por motivos políticos) Isócrates actuó contra Demóstenes aun en su ancianidad.

De Iseo, civilista que tuvo el acierto de no intervenir en política, se dijo: “Es tan hábil para tratar un caso perdido, que tenerlo a él como abogado casi despierta sospechas”.

Lisias, por su parte —que no litigó en causa propia sino cuando acusó a Eratóstenes por la muerte de su hermano Polemarco, para despojarlo de sus riquezas— nos permite apreciar el ambiente social de su época. Lo hace con su planteamiento sobre legítima defensa del honor. Su fuerte era la narración, como podrá apreciarse. (El acusado ha ido a buscar a su mujer —de cuya fidelidad tiene razones para dudar— en compañía de unos amigos. Se precipitan con antorchas en el cuarto de la adúltera. Sorprenden a los culpables. Y así prosigue el texto del discurso):

—“Yo, entonces, señores jueces, le golpeé y lo derribé. Le sujeté las dos manos detrás de la espalda. Le até, y le pregunté por qué vino a ultrajarme en mi propia casa. El confesó su crimen, rogándome y suplicándome que no le matase, y que aceptase una bonita suma de dinero. Yo le respondí: ‘No soy yo quien te mata. Es la ley de nuestro país, que has violado y estimado en mucho menos que tu placer. Pues preferiste cometer un crimen con mi mujer y con mis hijos que obedecer las leyes y vivir honradamente’.

“Así es, señores jueces, como este hombre ha sufrido la muerte que las leyes infligen a los que proceden de esa manera”.

HELENISMO Y CRISTIANISMO

Al terminar el segundo volumen de *El genio literario griego* se abre al estudioso un tremendo interrogante: ¿Y el helenismo, es decir, la literatura posterior al conquistador Alejandro Magno; la extensión de la cultura helenística a través de la *oikoumene*, de toda la tierra habitada; la comedia media y la comedia nueva, el nacimiento de los nuevos sistemas filosóficos con Epicuro y Diógenes el Cínico, y la pléyade de científicos, filólogos, eruditos, astrónomos, periegetes o viajeros e historiadores, y demás sabios de la celeberrima Escuela de Alejandría y de la corte de los Ptolomeos?

De otro lado, ¿qué aporte traen ellos a la elocuencia, a la poesía, y a la misma filosofía como reacción a los epicúreos y cínicos, con Filón, Plotino y otros? ¿Y la misma contribución de los hebreos al helenismo con la famosa Versión de los Setenta? ¿Y, luego, el nacimiento de la literatura cristiana, primero tímida como de una edad heroica, y después militante y combativa, con los apologistas y grandes padres de la edad de oro literaria del nuevo cristianismo?

El padre Manuel Briceño Jáuregui promete ilustrar estas cuestiones con la misma abundancia con que lo ha hecho en los dos primeros volúmenes, en el III de esta colección, que —según sabemos— ya ha entrado en prensa.

DEL VOLUMEN I

Los alciones

(De *Alcmanio de Esparta*, siglo VII a. Cristo).

(Nota: Dice una leyenda que los alciones son, al final de su vida, llevados a la superficie de las olas sobre las alas de las alciones hembras).

Ya no más, amables voces femeninas, dulces como la miel, mis pies me pueden sustentar... Oh, quién me diera, quién me diera ser como un alción que sobre la flor de las olas volara con *las alciones*, despreocupado el corazón, pájaro de primavera del mar azul...

El llanto de Dánae

Treno, de *Simónides*, siglos VI-V a. Cristo.

(Nota: Perseo —según la mitología— es hijo de Zeus y Dánae. Acrisio, su abuelo, rey fabuloso, sabe por un oráculo que algún día será destronado por su nieto. Para escapar a ello, hace encerrar en una embarcación semejante a un cofre a la madre y al niño y los arroja al mar).

Cuando en el artístico cofre soplabá el viento y los conducía sobre el encrespado mar, el terror sobrecogió a Dánae con las mejillas bañadas en lágrimas. Posó tiernamente sus manos sobre Perseo, y dijo:

—Mi hijito adorado, ¡oh, cuanta pena tengo! Pero tú duermes... Con infantil corazón duermes en este triste cofre de clavos de bronce, en medio de la sombría noche sin astros, y de las tinieblas. No te inquieta el agua profunda, cuyas olas humedecen tus cabellos, ni sientes el silbo de los vientos. Ay, tú reposas en un manto precioso de púrpura, apoyando tu rostro contra el mío...

¡Oh, si esta desgracia te fuera conocida, tus pequeñitas orejas escucharían mis palabras. Pero no, te suplico, duerme, mi niño! ¡Y que también duerma el mar! ¡Y que duerma nuestro infinito infortunio!

Cambia nuestro destino, ¡oh padre Zeus! Pero si mi súplica es demasiado atrevida y está lejos de lo justo ¡perdóname...!

DEL VOLUMEN II

Fragmento de un discurso de *Andócides de Atenas* (s. V. a. C.).

—...Y este Epícares, el más villano de todos los hombres, —¡y desea conservar esa fama!— no quiere para sí mismo la amnistía. Porque era consejero en tiempo de los Treinta. Ahora pregunto: ¿qué ordena la ley grabada en la *stele* que vemos delante de la sala? “Quien haya desempeñado una función pública después de la caída de la democracia, sea muerto impunemente. Su matador no contraerá mancha legal y recibirá los bienes del difunto”.

¿No es eso decir ¡oh Epícares! que las manos de quien te mate serán puras de acuerdo con la ley de Solón? Léeme, secretario, la ley grabada en la *stele*. (Texto de la ley).

Te pregunto, gran sicofante, tramposo vulgarote: ¿Esta ley es ejecutiva o no? Ya no lo es, me parece a mí, por no poderse aplicar otras leyes que las promulgadas desde el arcontazgo de Euclides. Pero tú vives y transitas libremente por las calles de esta ciudad: Tú, que eres indigno de vivir; tú, que en el período de la democracia vivías como sicofante delatando a otros, y en la oligarquía —para no tener que restituir lo ga-

nado con tu profesión de sicofante— doblabas tu espinazo a los Treinta. Y ahora vienes a delatar mis simpatías políticas y hablar de no sé cuántas tonterías. Pero tus simpatías no han sido por una sola persona. ¡eso sería demasiado honesto para ti! Tú, te rebajaste al más vil embrutecimiento —aquí todos lo saben— ¡para vivir de tan deshonesto oficio, gracias a tu espantosa deformidad moral!

Este es quien tiene la audacia de acusar a los demás, cuando vuestras leyes ni siquiera le permiten a él mismo defenderse.

Señores jueces: cuando yo me senté en este banquillo como acusado suyo, le miraba, le miraba, y sentí la impresión de haber sido arrestado por los Treinta para juzgarme. Si entonces me hubiesen citado al tribunal, ¿quién hubiese sido mi acusador? ¿No hubiera sido acaso este mismo? ¡A menos que yo le hubiese sobornado con dinero...! ¡Y vedlo ahora!

Y quien sino Caliclés, me hubiese interrogado más o menos así:

—Dime, Andócides, ¿has ido tú a Decelia y te has fortificado contra tu patria?

—Yo, ciertamente, no.

—Entonces, ¿qué? ¿Has devastado el Atica y saqueado a tus conciudadanos por mar y tierra?

—De ninguna manera.

—¿No has combatido nunca por mar contra Atenas; no has ayudado a arrasar sus murallas, ni a derrocar la democracia, y no has vuelto a entrar en Atenas con las armas en la mano?

—Nada de eso absolutamente, nunca.

—¿Y con eso crees todavía que puedes alegrarte y no ser condenado a muerte como todos los demás?

¿Pensáis acaso, jueces, que yo hubiera sido tratado de otra manera si ellos me hubieran cogido prisionero? ¿No es, por ventura, terrible, que de haber caído en sus manos, me hubieran eliminado, como a tantos otros, por no tener culpa contra la ciudad? ¿Que si me hubiérais juzgado vosotros, siendo yo inocente, no hubiera conservado la vida? O entonces yo no veo a quién más podáis absolver...

DEL VOLUMEN III

Dos epigramas de *Meleagro de Gadara*, (siglo I. a. Cristo).

El amor pícaro

Amor, amor cruel ¡yo lo subasto! Porque hace poco, muy poco al rayar el alba, del lecho volando se fue. Es un rapazuelo de tiernas lágrimas, hablador, veloz, sin miedo; sonrío con desprecio, tiene alitas a la espalda, y su carcaj cargado. Del padre no podría decir quién es: porque ni el Eter ni la Tierra dicen haber engendrado tan audaz criatura, ni el Mar; dondequiera y para todos es mal visto.

Pero estar alerta, no sea que tienda a vuestros corazones las redes. ¡Cuidado! Vedlo allí, junto a su cama: ¡Ah, no te me escapaste, flechadorzuelo, ocultándote en los ojos de Zenófila...!

Otra vez el amor

¡Que se le venda, aun cuando esté dormido aún en el regaso de su madre, que se le venda! ¿Qué interés se me sigue en alimentar este diablillo? Porque nació chatico, y con alitas, y araña suavemente con las uñas, y cuando está llorando mucho, de golpe suelta a reír. Y es tremendo, y parlachín, y tiene una mirada penetrante, y es áspero, y ni su propia madre le ha podido domesticar. ¡Es todo un fenómeno! ¡Así que a la venta! A ver si algún mercader comprar quiere esta criatura para llevársela, que se acerque.

¡Ah, pero cómo suplica, míralo, con lágrimas en los ojos! Bueno, no te vendo. Animo, mijito: ¡Quédate aquí de compañero de Zenófila!

UNA BODA TRISTE

*No las nupcias alegres
sino el Hades
recibió Clearista
de esponsales,
al desatar sus nudos
virginales.*

*Las Ninfas resonaban
esa tarde
—flautistas de la novia—,
y alegrándose
del tálamo crujían
los portales.*

*A la siguiente aurora
—¡tristes ayes!—
resonaban las flautas
funerales...*

*Silencioso Himeneo,
alejándose,
cambió lúgubrementemente
de lenguaje...*

*Que las mismas antorchas
vivas antes
que alumbraban los tálamos
nupciales,
esas mismas antorchas
rumbo al Hades
alumbraban sus pasos
funerales...*